

LA AUTORIDAD DEL CREYENTE



JIMMY SWAGGART

LA AUTORIDAD DEL CREYENTE

JIMMY SWAGGART



Javier García E.

Versión castellana: Edwin Sipowicz

Este libro fue publicado originalmente en inglés con el título de "*Authority of the Believer*", por Jimmy Swaggart

© 1983 by Jimmy Swaggart Ministries

Edición en idioma español

© 1983 por Jimmy Swaggart Ministries

Todos los derechos reservados.

LA AUTORIDAD DEL CREYENTE

“Y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajos su pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas de la iglesia” (Efesios 1:19-23).

“De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo” (Mateo 18:18).

RECUERDO LO SIGUIENTE

Siendo niño me impresionaba que los santos en la iglesia se pusieran de pie y solicitaran oraciones por diversos problemas. Mencionaban por nombre a los enfermos y rogaban que oraran por su curación. Pedían a otros que oraran por sus respectivas necesidades. Se pedía a todos que se acordaran de orar solicitando respuestas para sus requerimientos.

Asistí a las clases de la Escuela Dominical desde mi más tierna infancia. Comencé a leer la Biblia y a estudiar la Palabra de Dios a los ocho años de edad. Me dijeron que Dios sabía todas las cosas y podía hacerlo todo. Lo creí entonces y sigo creyéndolo hoy.

Como niño me preguntaba: “Si Dios sabe todo y puede hacer todas las cosas, ¿por qué los cristianos tienen que pedirle a otros cristianos que oren por ciertas y determinadas necesidades?”

¿Por qué no soluciona Dios los problemas sin necesidad de que se lo pidan? El sabe lo que corresponde hacer.

Es probable que esta pregunta se la hayan formulado alguna vez mis lectores. Es algo a lo cual quiero referirme en este mensaje. Y es posible que muchísimas preguntas encuentren su respuesta en lo que se refiere a la relación entre Dios y la raza humana.

AÑOS ATRAS EN DETROIT

Frances y yo dirigimos una cruzada de ocho semanas de duración en el año 1968 en el Tabernáculo Brightmoor en Detroit, estado de Michigan. Era entonces, y todavía lo es, una gran iglesia. Dios actuó de manera milagrosa durante las reuniones y jamás lo olvidaré. Al terminar la campaña, el hermano Bowman me informó que durante esas ocho semanas treinticinco familias se habían incorporado a la iglesia, noventa y nueve personas habían sido bautizadas en agua y el ingreso monetario se había incrementado en varios centenares de dólares todas las semanas. Fue una inolvidable ex-

perencia de renovación espiritual.

Durante el tiempo que duró la cruzada yo iba todas las mañanas y todas las tardes a la iglesia, para orar y estudiar y prepararme para el culto nocturno. Si bien es cierto que había en la ciudad dos estaciones locales de radios cristianas, de frecuencia modulada, el receptor de mi automóvil sólo me permitía escuchar la emisión de una estación no cristiana y es por ello que a mis oídos llegó una conversación que de inmediato llamó mi atención.

El joven que dirigía el programa era en cierta medida un ateo. Uno de esos días ocurrió algo que me dejó pasmado. Una mujer intervino en el programa y dijo algo de Dios. Esto provocó una profunda reacción en el joven que se tradujo en una *diatriba*. Literalmente *gritó* en el micrófono:

“Si hay un Dios, ¿por qué permite que continúe la guerra de Vietnam, donde mueren miles de personas?”

“¿Por qué permite Dios los accidentes automovilísticos y las caídas de aviones?”

“¿Por qué permite Dios que tantos niños mueran de leucemia?”

Y eso no es todo lo que tenía que decir

Los cristianos pueden hablar de cuán grande y poderoso es Dios, pero si *realmente* es tan poderoso, ¿por qué no elimina de una buena vez todos los problemas que afligen a la humanidad?”

Por más que deploré la forma en que este equivocado joven daba rienda suelta a sus emociones, tuve que admitir que su planteo *era* válido. ¿No nos hemos formulado nosotros mismos esa pregunta? ¿No nos hemos preguntado por qué Dios no soluciona los muchísimos problemas que tan *desesperadamente* exigen ser resueltos? Claro que nos hemos preguntado tales cosas. Y ésta es la interrogante que espero poder contestar en este mensaje. Y para poder hacerlo debemos volver nuestras miradas a los orígenes del mundo.

ADAN Y EVA

En el primer capítulo de Génesis se nos dice que: “*En el principio creó Dios los cielos y la tierra.*” No sabemos con exactitud *cuándo* ocurrió esto, porque hay un período indeterminado entre el primer versículo y el segundo. Pero sí sabemos que Dios em-

pleó seis días en renovar la tierra y retrotraerla a su condición de hermosura y habitabilidad. Durante este lapso de seis días creó al hombre. Y creo que el hombre fue su mayor logro en toda la creación.

Dios dijo en Génesis 1:26: "*Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza.*" Esas dos palabras "imagen" y "semejanza" suponen más de lo que pensamos. El hombre fue hecho *como Dios* en cuanto a su calidad. No debemos interpretar mal las cosas. El hombre nunca fue y jamás será Dios. La enseñanza que ha tomado un lugar prominente en algunas sectas, de que el hombre eventualmente logrará ascender hasta el grado de alcanzar la jerarquía de *ser Dios*, es totalmente antiescritural y errónea. Aún cuando el hombre posee muchas cualidades semejantes a las de Dios, *siempre* estará sujeto a nuestro Padre celestial.

EL HOMBRE POSEE UNA VOLUNTAD

Dios creó al hombre, y el factor más notorio y destacado de esa creación es la vo-

luntad del hombre. En otras palabras, Dios permitió que el hombre tuviera una voluntad que le era propia. Y este hecho reviste la mayor importancia cuando analizamos el trato de Dios para con el hombre y el trato del hombre para con Dios.

Establece la diferencia entre el hombre y los animales. Coloca al hombre en una jerarquía diferente al resto de la creación de Dios en su conjunto. El hombre tiene la facultad del libre albedrío. Puede escoger el servir a Dios o rebelarse contra él. Puede elegir entre blasfemar contra él o alabarlo. El hombre cuenta con esta facultad. Es una cualidad del hombre, única en su género, y lo diferencia de todo lo demás.

ALGO MAS SOBRE EL TEMA

Hay otro punto que es conveniente analizar. En muchas de nuestras escuelas públicas se enseña la teoría de la evolución. Pero sabemos que, en estricta realidad, lo *opuesto* a la evolución es la verdad. El hombre no se ha perfeccionado a lo largo de los siglos. Todo lo contrario, el hombre ha degenerado.

Quando Dios hizo a Adán, el hombre no estaba sujeto a Satanás, no había experimentado la caída, y contaba con una inteligencia que superaba en lejos todo lo imaginable. Por ejemplo, Adán le puso nombres a todos los animales de la tierra, las aves del aire y los peces en el mar. Se trata de una realización impresionante. Pero es más impresionante de lo que superficialmente podría creerse. Juntamente con los nombres incorporó todas las características de cada uno de los animales. En otras palabras, Adán tenía que conocer *todo* respecto a cada animal en particular, ya sea terrestre, aéreo o acuático. Más aún, tenía dominio sobre los cielos que se hallaban por encima de la tierra.

De modo, pues, que cuando Dios creó a Adán, lo dotó al máximo de conocimiento que pudo brindarle. Observemos ahora al hombre, en su estado caído. Miremos con lástima al borracho tirado en la cuneta. Lloremos por la prostituta, anciana antes de tiempo. Lamentémonos por el drogadicto que disipó su vida en el libertinaje. Pareciera que la más preciada creación de Dios no se ha destacado.

¿Y la razón de todo esto? El hombre sufrió una caída estrepitosa, y Satanás se impuso como señor de esta tierra. Pero para entender a fondo este concepto, es preciso que nuevamente volvamos al primer capítulo de Génesis.

DOMINIO

En el versículo al cual nos referimos anteriormente (Génesis 1:26), leemos: “. . . y señoree (domine) en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra.”

Al refutar a los “evolucionistas” digamos que Dios jamás hubiera entregado el señorío (dominio) de su hermoso planeta tierra a un primate semihumano. Lo confió a un genio. Lo dio a su mayor creación, el hombre.

La palabra “dominio” que utilizamos, proviene del vocablo *dominar*. El señorío o dominio no supone un sentido propietario, puesto que Dios retiene la propiedad de la tierra. Pero el hombre, en esencia, la *controlaba*. La gobernaba y, a todo efecto prác-

tico, era suya. Adán podía hacer con la tierra lo que él quería. Dios se lo hizo entender claramente. Y fue entonces cuando Satanás entró en escena.

UN MUNDO SIN PECADO

Antes que Satanás entrara en escena, el planeta tierra era un mundo sin pecado. Era un mundo sin juicio, enfermedad, dolencia o esclavitud. No había el menor vestigio de tristeza o angustia. No existían ni la guerra ni la muerte. El mundo era gobernado en amor, honestidad, sinceridad e integridad, bajo la dirección de Dios. Era el medio ambiente *de Dios*. Y porque así eran las cosas, Dios podía bajar y conversar con Adán al aire del día (Génesis 3:8).

Dios le dijo a Adán que podía comer el fruto de cualquier árbol del huerto a excepción del árbol de la ciencia del bien y del mal. Le dijo: “. . . porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Génesis 2:17). Pero Adán y Eva sí comieron del árbol, y Adán y Eva efectivamente murieron.

No murieron inmediatamente, en el *sentido físico*. Eso ocurrió después. Pero su-

frieron la inmediata separación de Dios, que era la "muerte" a la que se refería Dios. Y finalmente acarrearía *todos* los tipos de muerte imaginables en el mundo.

ADAN ENTREGO EL MUNDO A SATANÁS

En esencia, lo que Adán hizo fue cambiar de señores. Dios el Padre, con toda su bondad, misericordia, humildad y mansedumbre, dejó de ser el Dios de este mundo. Ahora lo sería Satanás. Adán tenía todo el derecho del mundo para hacer lo que hizo. El mundo le pertenecía por orden de Dios y ejercía su dominio sobre él. De haber hecho lo que Dios le indicó, habría sido un paraíso para siempre. Pero, si desobedecía a Dios — y eso es lo que hizo —, Satanás se convertiría en el señor de la tierra.

Podría formularse la siguiente pregunta: "¿Por qué haría Adán semejante cosa? ¿Por qué no lo detuvo Dios?"

Esto no es, en realidad, el tema de mi mensaje. Dios tenía sus razones para *permitirle* a Adán que hiciese lo que hizo. Pero respecto a por qué Adán actuó de esa mane-

ra, debo confesar que no lo sé. La única manera que se me ocurre para responder a esa pregunta es formulando otra. ¿Por qué tantas personas hacen las cosas que *ellas* hacen? ¿Por qué el borracho toma hasta perder la conciencia, sabiendo que provoca con ello una increíble angustia y destrucción? ¿Por qué el drogadicto inyecta la droga en su vena sabiendo que provoca la muerte? ¿Por qué algunos de los que leen este mensaje continúan rebelándose contra Dios? La lista es interminable.

Como ya lo hemos dicho, el hombre tiene la facultad de escoger. Puede tomar cualquier decisión que se le ocurra, aún haciendo aquello que puede dañarlo o perjudicar a quienes lo rodean. Eso es lo que hizo Adán. Tenía el derecho de tomar la decisión que tomó, aún cuando fue una decisión que provocó un verdadero caos. Trocó el mundo y todo lo que en él había, por el conocimiento del bien y del mal. Fue el trueque más costoso que haya podido realizar ser humano alguno. Millones de personas adoptan la misma actitud en el día de hoy. Permutan sus almas eternas (que jamás morirán) por las fruslerías, chucherías y cosas de este

presente mundo, que carecen totalmente de valor (2 Corintios 4:18).

EL CUADRO HA CAMBIADO

Vemos, pues, cómo ha cambiado todo el panorama. Dios no dirige más el destino del mundo. Satanás se ha convertido en el dios de la tierra, el príncipe de la potestad del aire. Si bien es cierto que el mundo en sí mismo *pertenece* a Dios, el *sistema* mundial pertenece a Satanás.

He aquí donde se plantea el problema y es el factor importante que debemos tener en cuenta. Toda la maldad, los problemas, las dificultades, la perversidad, el sufrimiento, el pesar, la angustia, la muerte, la destrucción, la guerra, las maldiciones, la irreverencia y la enfermedad en el mundo de hoy *no son* causados por el Todopoderoso Dios. Jesús dijo en San Juan 10:10: "*El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir.*" De modo que todas las angustias y dificultades que ocurren en este mundo, son provocadas por *Satanás*. Satanás tiene el derecho legal de hacer lo que hace. Es el autor de la enfermedad, de la guerra, de la

destrucción y cosas semejantes. En consecuencia, Adán le entregó a Satanás el dominio (que Dios una vez le dio a él) Satanás tiene ahora el derecho de *usar* legalmente este dominio, como el dios de este mundo, para acarrear muerte y destrucción.

La gente se pregunta: "¿Por qué Dios no baja y termina con todo esto?" Por la sencilla razón de que Dios no *puede* hacer eso. En el orden legal de los acontecimientos, Dios fue el *dueño* de los sistemas de este mundo, pero en Génesis 1:26 se los transfirió a Adán. Adán, a su vez, al quebrantar las leyes de Dios (cediendo a las sugerencias de Satanás y comer del árbol de la ciencia del bien y del mal) entregó su dominio a Satanás. De modo que Satanás tiene el derecho legal de hacer lo que hace. Pero, gracias a Dios, Jesús vino a anular el dominio de Satanás, y muy pronto pondrá punto final a su accionar.

LA HISTORIA DE LA REDENCION

La historia de la caída del hombre y de la redención del hombre a manos de Dios por medio de su Hijo Jesucristo, es la más

grandiosa historia jamás escrita. Bajó a este mundo y se despojó de su deidad. Nunca dejó de ser Dios, pero al mismo tiempo se hizo hombre y murió por los pecados del hombre. Esto satisfizo los requisitos de la justicia en los tribunales celestiales. La historia es cantada en miles de himnos. Es proclamada desde incontables púlpitos. Es anunciada a viva voz en innumerables sermones.

“Ahora hay luz en el valle de la muerte para mí,
pues Cristo vino a mi corazón.
Vislumbro a lo lejos la ciudad celestial
pues Cristo vino a mi corazón.”

Cuando Jesús murió en el Calvario y resucitó de entre los muertos, compró — con su propia sangre — el dominio y la autoridad que fueron entregados a Satanás. En esencia, se anuló el poder de Satanás. Aún es el dios de este mundo, pero carece de la autoridad que antaño tuvo. El hombre *puede* ser libre, y no *tiene* que vivir bajo el dominio de Satanás. Así, en Mateo 28:18 Jesús dijo que “*toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra*”.

Y esto quiere decir exactamente lo que dice. Desde el sacrificio de Jesús, Satanás carece de poder excepto por un seudo poder *robado* de los hijos de Dios o de la humanidad en general. En otras palabras, en un tiempo el hombre estuvo reducido a un estado de esclavitud por Satanás, con poco margen de decisión; ahora, por la muerte y resurrección del Señor Jesucristo, puede escoger y decidir a voluntad. No está *obligado* a sufrir la esclavitud de Satanás, sino que ha sido liberado por el portentoso poder de Dios.

“Como ave aprisionada en una jaula viví,
incapaz de liberarme me sentí,
pero vino Jesús y me escuchó,
y, gloria a Dios. . . ¡me liberó!”

El Señor Jesucristo ganó este portentoso poder y entonces — milagro de los milagros — otorgó este poder y esta autoridad a sus hijos en el mundo.

“Y todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis” (Mateo 21:22).

“Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá” (Marcos 11:24).

“Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho” (Juan 15:7).

“Si algo pidiereis en mi nombre, yo lo haré” (Juan 14:14).

QUIERO QUE OBSERVEN LA REFERENCIA PERSONAL

En cada una de estas escrituras Jesús dirige su autoridad hacia el pronombre *vosotros* que en algunos de los pasajes va implícito. En otras palabras, dijo todo lo que (*ustedes*) pidieren; lo que *ustedes* permitan; lo que *ustedes* desaten; lo que *ustedes* desean. Este es el punto crucial. *Jesús ha entregado a su cuerpo, la iglesia, la autoridad que compró y pagó en el Calvario.*

Los hijos de Dios tienen muchísimo poder pero con demasiada frecuencia no se dan cuenta de que lo tienen. La mayoría de los cristianos viven muy por debajo del potencial de sus privilegios espirituales. Caminan en ignorancia y no entienden las causas que motivan las catástrofes que ocurren a su alrededor. Aceptan cualquier cosa que les ofrece Satanás, pensando que ésa es la “porción que les toca en suerte”. *No saben*

que pueden lograr la victoria y el poder en las áreas físicas, mentales, espirituales, domésticas y psicológicas. ¿De qué manera? ¡Por el poder del Señor Jesucristo!

Jesucristo ha brindado su autoridad a su pueblo. Efesios 1:22-23 dice: “*Y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo . . .*” Es una afirmación muy sencilla. Jesucristo es la cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo. Y ahora formulamos una pregunta: ¿Dónde están los pies? Claro está que cualquiera podría decir que los pies forman parte del cuerpo. Y esto claramente indica que todas las cosas han sido puestas *bajo* los pies de la iglesia. Y esto significa todos nosotros.

El Señor nos dice simplemente en este pasaje de la Escritura, que todos los problemas que se plantean en nuestra vida, están *bajo nuestros pies*. Por medio de Jesucristo logramos la victoria sobre ellos.

Ahora bien, Satanás nos dirá cosas muy distintas. Pero el *hecho* permanece de que las cosas están bajo nuestros pies. Tal vez no lo percibamos o tal vez no nos guste. Tal vez no hablemos de ello. Pero el Espíritu

Santo, hablando a través del apóstol Pablo, ¡nos lo dice como un hecho! Y para mí eso es suficiente.

¡Alabado sea Dios, la victoria es mía! El día que supe que contaba con esta autoridad, fue un sacudón para mi imaginación y cambió mi experiencia cristiana. Jimmy Swaggart ya no pudo ser empujado de un lado a otro por el diablo. Satanás era un enemigo derrotado. Yo poseía, por medio de Jesucristo, ¡tremendos poderes que podían *controlar* los acontecimientos! Este es un tema que Satanás *no* quiere que los hijos de Dios escuchen o entiendan. Quiere mantenernos en la más tenebrosa oscuridad.

En el preciso instante en que empezamos a entender la autoridad del creyente, disminuirá el dominio que ejerce Satanás. Dejará de gobernar en nuestros corazones y en nuestras vidas, o en nuestro hogar o en nuestras actividades comerciales. Será un enemigo derrotado y no podrá seguir haciendo las cosas que antes hacía.

Pero, triste es decirlo, la mayoría de los cristianos no saben ni entienden su lugar y su posición. Ruego a Dios que todos cuantos lean este mensaje permitan que esta luz

ilumine sus corazones y sus vidas. Elevo mi súplica para que todos mis lectores comiencen a *utilizar* el poder que Dios nos ha brindado.

¿QUE ES LA AUTORIDAD?

¡La autoridad es un *poder delegado*! Años atrás, antes de viajar por avión al sitio de nuestras cruzadas, lo hacíamos en automóvil, de reunión en reunión. En uno de esos viajes teníamos que pasar por St. Louis, en el estado de Misuri. No recuerdo la causa por la cual nos apartamos de la carretera interestatal y tomamos un desvío que nos hizo cruzar la ciudad, pero sí recuerdo que detuve el vehículo en un semáforo que estaba en rojo.

El tránsito era intenso y un policía lo dirigía. Al igual que la mayoría de los policías de tránsito, calzaba guantes blancos y botas de cuero, el revólver a la cintura, y demás detalles propios de su actividad. Tenía su mano levantada, dirigiendo el tránsito.

Directamente hacia nosotros se acercaba un gigantesco camión con remolque. El

policía levantó su mano enguantada de blanco y el camión detuvo su marcha haciendo chirriar sus frenos. Esperé en mi automóvil que el policía me diera paso. Podía oír cómo el conductor del enorme camión oprimía el pedal del acelerador haciendo rugir el motor diesel de su vehículo. Sabía que el conductor tenía su pie sobre el freno.

Imaginemos, a simple título de ilustración, que el conductor de semejante camión con remolque hiciera caso omiso de la presencia del policía. Podría haber retirado su pie del pedal del freno y el policía no podría haberlo detenido ni evitado su avance en lo más mínimo. Físicamente, no podría haber hecho absolutamente *nada*. El gigantesco camión con remolque era inmensamente más grande que el policía que jamás podría haber sido un rival digno de tener en cuenta. Pero el hombre sentado al volante del camión no se animó a desafiar la autoridad del policía.

Y aún en el caso de haber acariciado semejante *intención*, *no lo hizo*. Sabía el hombre que detrás de ese policía estaban todos los otros policías de la ciudad de St.

Louis. Y si eso fuere poco, podían llamar en su ayuda a la Guardia Nacional. Y de no ser suficiente la Guardia Nacional podían solicitar la presencia del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea.

Esto es lo que se entiende por poder delegado. Cuando el Todopoderoso Dios salva nuestras almas, no nos esconde como ermitaños en algún sitio apartado. Nos coloca en medio de las intersecciones de la vida. Satanás se nos echa encima como león rugiente procurando devorarnos. Pareciera pronto a engullirnos. (Triste es decirlo, pero muchos cristianos agachan la cabeza y echan a correr.) Huyen con miedo y derrotados, pero gracias sean dadas a Dios por los que se mantienen a pie firme sin retroceder.

Si levantamos nuestra mano y, en el nombre de Jesús, resistimos al diablo y le ordenamos que se detenga, *tiene* que detenerse. Eso es lo que nos dicen las Sagradas Escrituras.

Hay *muchas* razones por las cuales él se ve obligado a detenerse, pero una de las principales razones es que él sabe que detrás nuestro están todos los santos ángeles. Sabe que dentro de nuestro ser habita el

Espíritu Santo. Sabe que tras el Espíritu Santo está el Señor Jesucristo. Y que detrás del Señor Jesucristo está Dios el Padre.

No se *anima* a enfrentar *este* tipo de poder. ¡*Esto es autoridad!* Esta es la autoridad que nosotros tenemos como hijos de Dios.

De modo que cuando estamos en las intersecciones de la vida y Satanás nos ataca con cuanto problema se le ocurra plantearnos, *no debemos huir*. No debemos doblegarnos derrotados. *Levantemos en alto la mano y en el nombre del Señor Jesucristo jordenemos a Satanás que se detenga!* El Señor Jesucristo nos prometió que “*Todo lo que atéis (o detengáis) en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo*” (Mateo 18:18).

De modo, pues, que los problemas que aquejan a este mundo son producidos por Satanás. Y triste es decirlo, los cristianos *permiten* que ocurran. No quiero decir que *todo* ínfimo incidente es provocado porque los hijos de Dios dejan de ejercer su autoridad en el Señor Jesucristo. Pero en muchos casos eso es lo que ocurre.

Naturalmente, el cristiano no puede remediar lo que hacen los que no son salvos. No puede forzar al pecador a que entregue su corazón a Jesús o que se conduzca correctamente. Carece de autoridad sobre los demás. (Ya hemos de volver sobre este punto.) ¡Pero sí tiene autoridad sobre los *espíritus* de este mundo!

UNA EXPERIENCIA PERSONAL

Años atrás solicité la compra de una estación radioemisora en la ciudad de Baton Rouge. Nuestra ciudad carecía de una estación de radio que transmitiera mensajes evangélicos. Lo único que se escuchaba, al encender el receptor, era rock, bop, pop o algo por el estilo. *Anhelaba* de todo corazón ver una radioemisora cristiana en la ciudad de Baton Rouge.

Supe de una estación que estaba en bancarrota. Un amigo me dijo que creía factible que yo pudiera adquirirla. Llenamos una solicitud. Luego viajé a la capital de la nación, la ciudad de Washington D.C. con mi abogado, en procura de persuadir a las autoridades correspondientes que nos permi-

tieran comprar la estación.

El presidente de la Comisión Nacional de Radiodifusión, en este particular momento, interrumpió sus vacaciones y volvió a Washington en avión para informarnos que *no* podíamos adquirir la radioemisora. Habían dispuesto llamar a licitación y cualquier interesado podría presentarse a la misma. Los trámites judiciales para posibilitar la licitación demandarían un tiempo no menor de ocho a diez años.

En vista de ello nada más fácil para mí que renunciar a la idea. ¿Para qué insistir? Parecía un caso perdido. Hasta mi propio abogado me dijo que era inútil todo esfuerzo en ese sentido. Era una lucha perdida de antemano.

Recuerdo que un día recurrí a Dios en oración respecto a este tema. Le dije: "Señor, tal vez no sea tu voluntad que dispongamos de una radioemisora, de modo que me limitaré a pedirte que nos des la estación si es tu voluntad."

No bien pronuncié estas palabras, el Espíritu me indicó que estaba en un error. Sonaba como algo muy piadoso y humilde. Es lo que muchos cristianos dicen y tendría

que decirse en algunas circunstancias. ¡Pero esta vez no correspondía! El Espíritu de Dios habló a mi corazón.

Me dijo: "Hijo, ¿no habría de ser mi voluntad contar con una radioemisora que enviara al aire mi Palabra? Sería de bendición para la gente, preferible al 'rock and roll' y a toda esa música que hoy en día contamina el ambiente." Era más que obvio.

Dije: " Señor, sin duda alguna que esa sería tu voluntad."

El Señor me instruyó que de inmediato pidiera perdón por haber afirmado semejante cosa, y a continuación reconociera que la radioemisora sería mía. Si no poníamos manos a la obra *inmediatamente perderíamos* la radioemisora.

No tengo una explicación satisfactoria para todo esto. Únicamente relato lo sucedido. Me quedé de una pieza. Fue una experiencia que jamás olvidaré. Puedo llevar a mis lectores al sitio donde estaba parado en mi aposento de oración. Recuerdo el sentimiento de fracaso que invadió mi espíritu cuando elevé esa oración: "Señor, danos la estación de radio si es tu voluntad."

Yo *en verdad* ejercía una cierta medida de

autoridad sobre Satanás, pero la autoridad comenzaba a debilitarse. Como era de esperar, Satanás se estaba aprovechando de esta situación. No bien le pedí al Señor que me perdonara por lo que dije, y comencé a agradecerle por la radioemisora, la fe inundó mi corazón. Supe que había retomado la buena senda.

Dije: "Señor, ¡es mía! Ya escucho en el aire la música del evangelio. Ya escucho la predicación de tu Palabra."

No recibí telegrama alguno informándome que la estación era mía. Pero en mi espíritu, por fe, lo di por adquirido, como un hecho consumado. Supe, en ese momento, que la tenía.

En aquel mismo encuentro con Dios recuerdo caer de rodillas sollozando en forma incontrolable. El Espíritu de Dios reposaba sobre mí con toda intensidad. Dije: "Señor, hice cuanto había que hacer. Hemos viajado a Washington, capital de los Estados Unidos de América. Hemos solicitado ayuda de algunos de los más encumbrados políticos del país. Pero la Comisión Nacional de Radiodifusión ha rechazado nuestra solicitud diciéndonos que no podíamos adquirir la

estación. ¿Qué más puedo hacer?"

El Señor me dijo: "Hijo, el problema consiste en que cuatro de los miembros de la Comisión Nacional de Radiodifusión son hombres inclinados hacia el socialismo. No simpatizan con el evangelio. Este es el problema. Ponte de acuerdo con alguien que participa de tu misma fe, y busquen la manera de que esos funcionarios sean separados de sus cargos. Ocuparán los puestos vacantes personas que apoyen la propagación del evangelio de Jesucristo por medio de la radio."

Y eso es exactamente lo que hicimos. Frances y yo acordamos que esos cuatro hombres, además del presidente de la Comisión, serían reemplazados por hombres *buenos*. He ahí la razón por la cual las Sagradas Escrituras nos dicen que debemos, *ante todo*, orar por los que tienen autoridad sobre nosotros.

Nos hemos acostumbrado tanto a quejarnos de la política y de los acontecimientos mundiales, que no nos percatamos que el quejarnos no es la respuesta. *¡La respuesta es la oración!*

Yo creo que si la iglesia del Dios vivien-

te, que es más poderosa que mil General Motors, se reuniera — en un acuerdo — y confiara en Dios para la solución de los problemas que aquejan a la humanidad, la mayoría de dichos problemas hallarían solución.

Creo que los hijos de Dios, con el cuerpo de Cristo, podrían controlar la economía, la política, la legislación y la mayor parte de las cosas que ocurren en el mundo en el día de hoy. No sostengo que podamos producir un paraíso utópico. Tal cosa no ocurrirá en tanto no venga de nuevo el Señor Jesucristo (y, gracias a Dios, él volverá). Pero muchos problemas, en base a la autoridad con que nos ha investido el Señor Jesucristo, pueden ser controlados. Si tan sólo *nos pusiéramos de acuerdo* y tomáramos la autoridad sobre Satanás, ¡la victoria puede ser nuestra!

¡OH, TENGO QUE GRITAR!

Al cabo de cuatro meses, cuatro de los funcionarios de la Comisión Nacional de Radiodifusión, incluido su presidente ¡habían perdido sus puestos! No, no lo puedo

explicar. Hasta es posible que algunos de mis lectores no crean a lo que me he referido. Pero ocurrió, tal como lo cuento.

Y casi sin excepción, los cuatro hombres que ocuparon los cargos vacantes eran cristianos o, por lo menos, personas que simpatizaban con la predicación del evangelio de Jesucristo. Y el hombre que ocupó la *presidencia* ¡era realmente cristiano!

Uno de los funcionarios era un predicador del evangelio. Envió un abogado de la Comisión Nacional de Radiodifusión al despacho de mi abogado. Puso los papeles sobre el escritorio y dijo: "Dígale a Jimmy Swaggart que tiene su estación radioemisora."

Mi abogado me informó que, por lo que él sabía (y él trabajó durante muchos años con canales de radio y televisión) era algo *que nunca había ocurrido*.

Desde ese momento en adelante todo mejoró en el campo del evangelio radial y televisivo y sucedieron cosas que superaron todo lo anterior. Algunos podrán decir que esas cosas "simplemente ocurrieron". Bueno, la gente podrá decir lo que quiera. Pero yo sé lo que Dios habló a mi corazón y sé perfectamente lo que *ocurrió*. Y para mí eso

es suficiente.

Y no faltarán quienes formulen la siguiente pregunta: "¿Habremos de ser tan tontos para creer que un solo cristiano aisladamente pueda cambiar la estructura del sistema radiodifusor y televisivo del gobierno federal?"

Sí, yo lo creo. No sostengo que temas de gran envergadura puedan manejarse según un capricho, pero en ciertas circunstancias las cosas *pueden* ser cambiadas. Mi enfrentamiento con la Comisión Nacional de Radiodifusión me ha convencido *a mí* que es posible.

LOS ESPIRITUS MALIGNOS PUEDEN SER CONTROLADOS POR LOS HIJOS DE DIOS

En este tema es donde entra en acción la autoridad. Al comienzo de este mensaje dijimos que carecíamos de autoridad sobre las *personas*. Si creemos que, como hijos de Dios, podemos orar y *ordenar* a alguien que haga tal o cual cosa, *¡estamos totalmente equivocados!*

Recordemos que en el huerto del Edén

hasta el propio Dios Todopoderoso no *forzó* a Adán a abstenerse de comer la fruta prohibida. De la misma manera Dios no obligará a los hombres a ejecutar cosas sobre la base de *nuestras* oraciones.

El hombre es un ser moralmente libre. Decide según su propia voluntad. De modo que nuestra autoridad no alcanza a los demás. No podemos manipular a las personas como piezas de un tablero de ajedrez celestial. No trabaja de esa manera.

Y el Dios Todopoderoso tampoco trabaja de esa manera. El trata con el hombre, lo puede impresionar y persuadir, pero nunca ha de forzarlo ni obligarlo a ejecutar tal o cual cosa.

Lo anterior no significa que no tengamos poder alguno. Si bien carecemos de autoridad sobre los seres humanos, como cristianos tenemos *autoridad sobre los espíritus de las tinieblas*. El hecho real es que los problemas que afligen a la humanidad son provocados por espíritus malignos que actúan bajo las órdenes de su jefe, Satanás. Naciones enteras son gobernadas por espíritus malignos. Hay *familias* que viven bajo el control de espíritus malignos.

A veces nos preguntamos por qué la gente realiza las cosas increíbles que hace. Ello es debido a que los espíritus malignos dominan a estas personas, dirigiéndolas y ejerciendo sobre ellas su nefasta influencia. Pero no interpretemos mal lo anterior. No quiere decir que toda la gente esté poseída por los demonios. En realidad son muy pocas las personas poseídas. Personalmente creo que los poseídos son insanos o dementes en mayor o menor grado. Pero también creo que toda persona *no salva* vive en cierto grado bajo el control de los demonios. Insistimos en que esto no significa posesión demoníaca. Pero sí significa *influencia* demoníaca.

Aún los cristianos pueden recibir influencia de espíritus demoníacos. Y eso explica que a veces se plantean problemas en las iglesias. Por ello los pastores, en vez de combatir con miembros agresivos de sus iglesias, deberían ejercer su autoridad sobre los espíritus malignos que están *detrás* de las acciones de esas personas.

Algunos podrán preguntarse cómo es que Satanás puede obligar a los *cristianos* a ejecutar ciertas y determinadas cosas. La

respuesta es simple. Se debe a que muchos cristianos tienen imperfecciones en sus vidas. Satanás se aprovecha estos defectos y provoca problemas. El hecho se mantiene inalterable que son los espíritus malignos los que provocan los problemas. Si el pastor ejerciera su autoridad sobre esos espíritus y les ordenara retirarse, la mayor parte de los problemas que afligen a las iglesias se solucionarían sin dificultad. Y ello es válido, por supuesto, para muchas otras situaciones.

PUEDE FORMULARSE UNA PREGUNTA

Algunos podrán plantearse lo siguiente: "Hermano Swaggart, ¿qué pasa si yo ejerzo mi autoridad sobre Satanás respecto al problema del alcoholismo que afecta a mi esposo, o a la indocilidad de mis hijos, y no pasa nada?"

A veces ocurre así. Mucha gente vive descarriada porque son impulsadas a ello por Satanás. En lo más profundo de sus seres *no quieren* actuar de esa manera. En consecuencia, cuando ejercemos nuestra

autoridad sobre tales situaciones, la situación cesa.

Pero en otros casos, esas personas *quieren* hacer lo que hacen. Satanás los apoya y los estimula. Pero *ellos tienen* malvados deseos en sus corazones de mantener el curso de sus vidas tal cual lo hacen. Y si lo quieren hacer no hay nada que nosotros, Dios o cualquier otro podamos hacer.

Comprendo que hay cristianos que no aceptan la tesis de que Dios no pueda hacer algo. Invitamos a tales cristianos a que echen una mirada a su alrededor. Vemos asesinos, déspotas, dictadores que provocan indecibles agonías y aflicciones. Y *ellos* no son detenidos. ¿No creemos, acaso, que Dios está disgustado con las terribles cosas que hacen? Claro que sí. Pero no los detiene en su accionar porque si quieren vivir y actuar de esa manera, tienen el "derecho" de hacerlo. Bien sabemos que su final será desastroso. Su estado final será la muerte y la destrucción. Pero mientras vivan, harán estragos en el mundo.

LA CLAVE SOMOS NOSOTROS

De modo que hemos dado la vuelta com-

pleta. Adán comenzó su existencia con autoridad pero se la entregó a Satanás. Jesucristo la recuperó para nosotros en el Calvario. Luego nos la entregó para que pudiéramos realizar su obra en esta tierra. Hoy contamos con esa autoridad. Tal vez no la usemos, pero la *tenemos*.

Gracias a Dios, centenares de miles de cristianos a lo largo y a lo ancho de los Estados Unidos de América y en toda la redondez de la tierra, comienzan a reconocer esta autoridad en el Señor Jesucristo. Están cambiando sus hogares, sus corazones y vidas en forma total y absoluta.

Ruego a mis lectores que no interpreten mal lo que acabamos de decir. No sostenemos la idea de que podamos dictar órdenes y esperar que ocurran los acontecimientos tal cual nosotros queremos. Bien sabemos que no podemos hacer que surjan y caigan naciones. Pero el punto básico es que Satanás es un enemigo derrotado. Si tan sólo reconociéramos el lugar y posición que ocupamos, podríamos impedir muchas situaciones *antes* de que se nos escapen de las manos.

Una vez más queremos hacer hincapié en lo siguiente: este mundo de maldad, de

destrucción y tristeza no cesará en tanto Jesucristo no vuelva a este mundo. Pero hasta que eso ocurra, podemos usar la autoridad con que él nos ha investido para lograr victoria tras victoria en Jesucristo.

La clave no es Dios, no es Jesús, no es el Espíritu Santo. La clave somos nosotros, cada uno de nosotros. *Ellos ya nos hicieron conocer sus voluntades.* El Señor ha completado su plan de gloria. Está sentado a la diestra del Padre, habiendo cumplido con su misión. Lo que ocurra de aquí en adelante depende de nosotros.

¿Y qué hacemos al respecto? ¿Qué haremos de hacer en cuanto a los incrédulos que mueren sin Dios? ¿Hemos de permanecer sentados sin hacer nada? ¿O por el contrario hemos de creer en Dios para obtener grandes victorias? ¿Permitiremos que Satanás nos aplaste? ¿O hemos de empuñar la autoridad que poseemos contra él y confiar en Dios para un glorioso triunfo? Personalmente me apropio de la frase de Josué: "*Yo y mi casa serviremos a Jehová*" (Josué 24:15).

PALABRAS FINALES

En el año 1961 estaba en California,

para una serie de reuniones, acompañado de Frances y de Donnie. Donnie era entonces un niño. Recuerdo muy bien que al finalizar la campaña iniciamos la vuelta a casa. Viajamos toda la noche y todo el día; dormimos unas pocas horas la noche siguiente, y arribamos a Baton Rouge al día siguiente. Me hallaba rendido de cansancio.

En aquel entonces no poseíamos casa propia. Vivíamos en casa de mi padre durante el poco tiempo que estábamos en Baton Rouge. No bien entré a la casa y saludé a mi padre, me pidió que lo acompañara a la otra habitación y que orara por mi hermana.

Cuando le pregunté a mi padre qué ocurría, bajó su cabeza y me dijo que ya lo vería cuando llegáramos allá. En el momento de entrar a la casa de mi hermana, sentí que algo andaba mal.

Me saludaron ansiosamente, pero un espíritu de depresión impregnaba la atmósfera. Luego de intercambiar algunas expresiones convencionales, pregunté qué es lo que ocurría.

Miré a mi hermana Jeanette. Pesaba poco más de 50 kilogramos. Doblada en dos

por el dolor, acababa de soportar una intervención quirúrgica y esperaba una segunda intervención. La observé cuando caminaba a un sofá y se dejaba caer en él. Arrastraba tras ella una de sus piernas.

Sufrió heridas en un accidente automovilístico y estuvo a punto de perder su pierna. El médico dijo que probablemente jamás volvería a tocar el órgano. La pierna estaba tiesa y no la podía doblar.

Y ésa no había sido su única tragedia. Acababan de perder a su hijita, una encantadora criatura de dos años de edad, que pereció ahogada. Satanás había hecho todo cuanto estaba en sus manos hacer, para destrozarse su hogar y arruinar sus vidas.

Mi cuñado, un consagrado y dedicado cristiano, suspiró y también él se dejó caer en el sofá. Se tomó la cabeza con ambas manos y comenzó a hablar. Sus palabras expresaban a las claras su desaliento, su confusión y su derrota.

Bien sabía yo cómo se sentía. Muchas veces estuve en esa misma situación.

Me dijo: — Jim, no lo puedo entender. Amo a Dios con todo mi corazón. Net (el sobrenombre de mi hermana) y yo hemos

pagado el diezmo de cada centavo que hicimos. Además hemos ganado para el Señor Jesucristo a la mayoría de los miembros de nuestra iglesia.

Lo que decía era estrictamente cierto. A continuación dijo: — Busco siempre el rostro de Dios. No vivo una vida egocéntrica. Amo a Dios con todo mi corazón. *¿Por qué nos ocurren estas cosas?*

HE AQUI LA GRAN PREGUNTA

Creemos que es la pregunta que más cristianos, con mayor frecuencia, se han formulado: *¿Por qué ha ocurrido esto?*

No interpretemos mal lo que digo. Yo no tengo las respuestas para todos los problemas de este mundo. He visto cosas que ocurren a dedicados y consagrados cristianos que Jimmy Swaggart no puede explicar. No pretendo ser un genio. Pero alguna experiencia he tenido. Y eso es lo único que puedo ofrecer.

Muchos cristianos creen que si viven una vida piadosa y consagrada, se aseguran un cierto grado de inmunidad que les garantiza seguridad y protección. Pero en rea-

lidad no ocurre así. Juega una parte, por cierto. Pero no es asunto de nuestra consagración. Por maravillosa y provechosa que sea la consagración *lo que nos ayuda hasta el fin* es nuestro conocimiento de la Palabra y nuestro lugar y posición en Jesucristo. Los resultados positivos se obtienen cuando confiamos en su autoridad.

Debo admitir que todos tenemos mucho que aprender al respecto. Yo me cuento entre ellos. Pero algo he aprendido y le agradezco a Dios por todo lo que me ha enseñado. Muchos, al escuchar este mensaje han formulado la misma pregunta: ¿Por qué?

Lo que voy a decir a continuación puede *no* ser siempre la respuesta. Pero fue la respuesta en este caso en particular. Miré a mi cuñado. Yo no sabía la respuesta. Permanecí un rato llorando con ellos. Supe que cada palabra que pronunciaron era la verdad. Mi corazón estaba destrozado de dolor.

Había estado al borde de la tumba del bebé que les había sido arrebatado. Estuve al lado del lecho de mi hermana cuya pierna fue hecha pedazos cuando un conductor ebrio chocó con el carro que ella manejaba. Fui testigo de las muchas operaciones reali-

zadas en su cuerpo, hasta que de éste casi no quedaban rastros de lo que fue.

Pude ver cuando el negocio de mi cuñado llegaba al borde de la bancarrota. Debían dinero a la mitad de los hospitales y médicos de la localidad. Mi mente formulaba la misma pregunta: *¿Por qué?*

Antes de partir pronuncié una ineficaz oración. No creo que significó mucho. Traté de consolarlos de la mejor manera posible, pero mis respuestas no eran mejores que las de ellos.

Salí de la casa demasiado confundido para permanecer adentro. Me metí en el automóvil. Apoyé mi cabeza sobre el volante y comencé a llorar. Le formulé al Señor la misma pregunta que había preguntado mi cuñado.

“¿Por qué ha ocurrido todo esto?”

Al final de una larga serie de preguntas que hice a Dios, le pregunté: *“¿Cuándo vas a hacer tú algo al respecto?”*

Creo, con todo mi corazón, que en ese instante Dios me habló “Hijo” me dijo, “no se trata de cuando yo voy a intervenir y hacer algo al respecto, sino cuando lo harás tú.”

Cuando esas palabras estallaron en mi mente fue como si alguien hubiera encendido un reflector en una habitación oscura. ¡Lo vi!

Todo esto ocurrió muchos años atrás, pero lo recuerdo con toda claridad. Casi rompí la puerta de mi automóvil al abrirla. Salí de un salto, a la carrera llegué a la casa y entré precipitadamente en ella.

Si no me falla la memoria, recuerdo que gritaba y les ordenaba ponerse de pie. Cuando recuperé el aliento les dije que se habían *inclinado* demasiado tiempo ante el enemigo. ¡Eran hijos del Dios Altísimo y tenían que mantenerse erguidos!

— Dios los ama — les dije —. Quien ha traído estas maldiciones sobre sus vidas es Satanás y no Dios. Ya es hora que reprendamos los poderes de las tinieblas para que se aparten del negocio de ustedes, del cuerpo de Jeanette, y de cada rincón de su hogar.

En el preciso *instante* en que pronuncié esas palabras, tuve la impresión de que la fe golpeó la habitación como si fuera el puño de un gladiador. Comenzaron a llorar. Y *esta vez* no era el llanto de la derrota sino el grito de victoria.

Echaron sus brazos al aire y comenzaron a alabar al Señor. El poder de Dios llenó la habitación y caminaron por toda la casa alabando al Señor.

Vemos, pues, que nada pudo hacer Dios hasta que *nosotros* tomamos la iniciativa. ¿Cuándo entenderán esto los hijos de Dios? Nos sentamos y nos retorremos las manos mientras el diablo nos pisotea sin miramientos. Tendremos siempre problemas en tanto no usemos nuestra fe, enfrentemos a Satanás y ejerzamos nuestra autoridad sobre él por medio de la sangre de Jesucristo. Pero en el momento que utilicemos la autoridad que *Dios* nos ha dado, una gran victoria puede ser nuestra.

Cierto es que los resultados no se vieron de inmediato. Fue necesario un proceso de adaptación. Pero desde ese momento comenzaron a transitar por el camino de la victoria.

Podría referir muchísimas cosas sobre ellos. Pero baste decir que Dios les otorgó un hermoso hogar, restableció la salud a mi hermana y brindó a mi cuñado un próspero negocio. Hoy en día tienen una hermosa familia y pastorean una iglesia en Baton

Rouge.

Satanás se ~~propuso~~ ~~matar~~ a mi hermana. Odia a todos y cada uno de los hijos de Dios.

Lo he dicho antes y lo diré otra vez. Satanás mata, roba y destruye. Pero Jesús dijo: "*Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia*" (Juan 10:10).

Insisto, una vez más, que en ningún momento he sostenido que la utilización de alguna palabra mágica o algún encantamiento logrará una mágica transformación en una utopía. *Aún* vivimos en un mundo de pecado e iniquidad. Satanás es, *todavía*, el príncipe de los poderes del aire y dios de este mundo. Vemos a nuestro alrededor miseria y angustia. La Palabra nos dice que no debemos extrañarnos por las pruebas y los ardientes dardos que el maligno nos arroja.

Pero nosotros ponemos énfasis en lo siguiente: en muchos casos en los cuales Satanás nos pisotea *podemos* lograr la victoria si echamos mano a la autoridad que Dios nos brinda. En muchos de los problemas que afectan a nuestra nación, si tan sólo los hijos del Todopoderoso Dios formaran un

frente unido, cosas extraordinarias ocurrirían. Los sucesos del mundo podrían cambiar. La victoria es nuestra, *en el Señor Jesucristo.*

*Allá a lo lejos hay ruido
de contienda;
los pecados del mundo acosan
por doquier;
la duda, el temor y las cosas terrenales
en vano me convocan;
nada de eso me apartará de mi
Tierra Prometida.*

Coro

*Vivo en las montañas do siempre
brilla el sol;
bebo de la fuente que jamás
se agotará;
como cuanto quiero de inagotable
maná,
pues habito en la Tierra Prometida.*